

## Fracaso escolar ¿de quién?

Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier.

Estos ojos que han de comerse los hermanos gusanos lo han visto: en el Instituto de Enseñanza Media «Calderón de la Barca» en el que yo enseñaba filosofía con gran juventud allá por el 1980, un buen día se reunieron las suficientes firmas de profesores para hacer puente la semana misma en que se reanudaba el curso, en el mes de octubre, después de julio y agosto sin haber arrimado el hombro en absoluto, y de un septiembre de mero examinar.

El puente se concedió, ahora ya más que acueducto, para mi sorpresa. ¿Estaban acaso cansados los señores profesores, tan agotados ellos como para necesitar prórroga antes de empezar a reincorporarse a la tarea? Para cualquiera constituía también un misterio insondable el del tal pesantez, sobre todo si tenemos en cuenta que los profesores no se habían desvitaminizado escribiendo durante los meses de tórrido estío difíciles libros o dictando conferencias, o traduciendo, y mucho menos se habían dejado la piel preparando durísimas oposiciones para obtener de ese modo la plaza vitalicia, ya que en aquellos tiempos los profesores interinos, que eran casi todos, habían logrado consolidarse poco a poco como profesores fijos sorteando hábilmente las oposiciones, y tal ganancia no laboriosamente merecida la disfrutaban a tope. Además, para qué examinarse si quien dice examen dice memorieta, siendo la me-

morieta un impresentable demérito académico, tan demeritorio como dominar un temario, publicar algo, etc., frente a lo cuyo el único mérito entero y verdadero es el de la algarada democrática, es decir, demagógica, mérito desde luego bien elaborado, con el que además se puede pillar plaza y desde ella retomar gusto al examen, siempre que se trate ahora de examinar a otros, los mis alumnos...

¿Por qué, pues, alargar el período de descanso, tras tanto descansar? ¿Quizá se encontraban tan necesitados de prolongación de vacación por haberse pasado los cinco años anteriores gritando fatigosamente aquellas consignas tan célebres como «a igualdad de salario igualdad de trabajo», griterío que, si fue estruendoso hasta lograr el objetivo anhelado de no pasar ni muertos por el aro de los tan denostados exámenes, no produjo sin embargo mejora alguna en la tan cacareada «calidad de la enseñanza»?

Pero el hecho es que ahí estaba el nuevo curso, y con el nuevo curso, ay, el nuevo puente solicitado. ¿Cómo era posible tanta vagancia? No tardé sin embargo demasiado en darme cuenta de la magnitud del problema: en realidad no se trataba de vagancia, sino de algo muchísimo peor, a saber, de verdadero horror al aula, es decir, de una desmoralización profunda, pues no creyendo en nada los profesores ¿qué materia podrían profesar, especialmente si se trataba del área

de humanas y sociales? ¿cómo no sentirse especialmente mal ante una misión imposible, si la especialidad de la enseñanza pública es como tal (gloriosas excepciones aparte) no creer en nada que no sea el dinero público reivindicable? Entonces las estadísticas comenzaron a cantar: esos profesores desmoralizados se daban de baja cada vez más, el absentismo laboral aumentaba, y el perfil psiquiátrico que presentaban los afectados era el mismo de los policías en el País Vasco: miedos, fobias, nicturias, etc., etc., todo lo cual aumentaba aún más entre los profesores obligados a enseñar «ciencias del espíritu», como era de esperar.

La cosa estaba bien clara: ¿quién aguantaría enseñando (la) nada ante un alumnado asilvestrado y omnipermiso, cuyos papás tampoco creen en nada, a no ser en que a sus niños consentidos han de aguantarles los demás, porque eso es la democracia o memocracia, los derechos sin deberes, la cultura sin cultivo, las maduras sin las duras?

Unos papás que en nada creen lanzan a sus hijos al cole para que les eduquen unos profesores que en nada creen (en nada que no sea la privacidad, el sueldito y el diminutivo vital), y el resultado diminuto es un aburrimiento insoportable: *he ahí el fracaso escolar*.

¿Cómo podría finalmente institución estatal alguna corregir la dirección de este monumental desafuero, si las propias instituciones

educativas y no educativas, tan omnipermisivas ellas mismas, para obtener más votos sólo están atentas a dar gusto a la opinión pública que pide que se permita más, aunque luego lllore tanta permisividad y termine exigiendo más políticas custodios?

Y luego, como resultado de esto, vienen los suspensos, las reprobaciones, los disgustos, el malestar en el aula, y el mal rollo, cuando las malas notas no son más en última instancia que el resultado de un fracaso vital y de un fracaso en el sentido de la vida. Una sociedad fracasada, por muy buenas notas que diese, fracasará escolarmente, y terminará exportando *hooligans* descerebrados-descerebradores...

Parece, sin embargo, que ni los papás ni los docentes ni las autori-

dades quieren reconocer nada de esto. Y, lo que es peor, alarmados ante el caos, a los reformadores de la (pen)última reforma sólo se les ocurre dedicar más horas a la enseñanza de la historia, de las lenguas clásicas para mejor dominar las modernas, y de la ética como asignatura transversal. Y vuelta sobre el mismo molinillo para moler idéntico fracaso.

¿Cómo va a gustar la historia, señoritos reformadores de todo menos de sí mismos, si la cotidianidad está hecha de presente vacío, de cartón piedra? Y ¿quién sería capaz de poner a pasear significativamente y no como mera estatua ambulante en nuestras calles a cualquiera de los grandes personajes del pasado, si el presente no da para otra mirada que la del tele-

nano? Y ¿cómo enseñar filología, si el *lógos*, que es más que la mera lingüística, que es un sacramento de muy delicada administración, no interesa? Y ¿cómo enseñar transversalmente la ética que hoy anda jivarizada, diminuta, la de los «itos», Rociíto, Julito, Lolita y similares transversalitos?

Luego no se quejen, por favor, que quien siembra recoge. No se quejen de la enseñanza privada, pues ahí saben que la vida en realidad es menos permisiva, que hay que estudiar con seriedad, y que hay que trabajar más. Verdad es que muchos empresarios privados son unos animalitos del rebaño de Epicuro. Pero ¿ustedes son mejores, somos mejores nosotros, soy mejor yo? Sólo si realmente es así, usted no será un fracasado escolar.



Niños estudiando. Leprosería de Casablanca (Marruecos).